

legítimo cuando está de por medio la salud de la patria. "El mejor medio de conservar un Estado y de evitar rebeliones y sediciones es el de tener un enemigo á quien se pueda hacer frente. Pueden servir de ejemplo todas las repúblicas, y especialmente la de los Romanos, que no encontraron mejor antídoto á las guerras civiles que el poner los súbditos enfrente del enemigo... ¡Pluguiera á Dios que nos faltáran ejemplos domésticos para demostrar que es bien difícil, ya que no imposible, mantener en paz y amistad á los súbditos si no están en guerra contra el enemigo! Nada dirémos de la desconsoladora idea que está en el fondo de esa teoría: equivale á decir con *Hobbes* que el hombre para el hombre es un lobo, y que deben despedazarse mutuamente, siendo mejor que eso se haga en guerras extranjeras que en medio de luchas civiles.

Cierto es que así sucedía en el siglo XVI; pero ¿es esa una razón para que siempre suceda lo mismo? Otro error hay todavía ménos excusable en la doctrina de *Bodin*, pinta éste un triste cuadro de los males que lleva consigo la guerra: "Incendiar las aldeas, saquear las ciudades, degollar á buenos y malos, jóvenes y viejos, de todos sexos y edades, violar las doncellas, lavarse en la sangre de sus prójimos, manchar las cosas sagradas, arrasar los templos, hollar todo derecho divino y humano... Hé ahí los frutos de la guerra, dice *Bodin*. Sin embargo, no vacila en decir que los pueblos tienen derecho para llevar la devastación y la muerte entre sus vecinos, á fin de garantizar su propia tranquilidad. La máxima de que el fin justifica los medios no es nunca tan odiosa como cuando se emplea para transformar el universo en un vasto campo de bandolerismo. Y al equiparar los guerreros del siglo XVI á bandidos no empleamos una figura retórica. *Bodin* tiene buen cuidado de decir, en apoyo de su tesis, "que nunca faltarán ladrones, asesinos y vagabundos en toda república en que pierdan su sencillez los buenos súbditos y su fuerza y prestigio las leyes y los magistrados. Y no hay medio de limpiar las repúblicas de aquella podredumbre más que el de enviarla á la guerra, la cual es una medicina purgante muy necesaria para arrojar los malos humores del cuerpo universal de una república." ¿Qué se diría de un Estado que abriese sus cárceles y presidios, diese armas y jefes á los criminales, y los lanzase después más

allá de sus fronteras? Pues hé aquí el consejo que *Bodin* da á los príncipes: á fuerza de no considerar más que el bien de su república, pisotea el derecho de las naciones extranjeras, y hasta la misma idea del derecho desaparece en medio de ese lujo de fuerza (1).

Después de eso no hay que admirarse si *Bodin* legitima la conquista con todos sus abusos, incluso el de la esclavitud. "Basta que la guerra sea justa, para que el vencedor tenga el derecho de hacerse dueño de los bienes y personas de los vencidos, gobernando á sus súbditos como esclavos, así como el padre de familia es dueño de sus esclavos y de sus bienes y dispone de ellos á su antojo, según el derecho de gentes." No es que *Bodin* niegue la libertad natural de los hombres; pero también la admitían los juristas romanos al propio tiempo que colocaban á los esclavos al nivel de los caballos y de los bueyes. Lo que perturba la inteligencia del publicista francés es el hecho universal. "Bien contrario es á la ley de la naturaleza, dice, el hacer de hombres libres esclavos; pero el consentimiento de todos los pueblos ha querido que lo que se adquiere en buena guerra sea propio del vencedor, y que los vencidos sean esclavos de los vencedores. Donde no hay superior que mande, se ha reputado justa la fuerza" (2). Esa doctrina nos indigna, sin embargo de que es muy lógica, una vez admitido el derecho de conquista. Porque si la personalidad de las naciones no es sagrada, ¿á qué título se había de respetar la de los individuos? Si se pueden matar las naciones vencidas, ¿por qué no se podría reducir las á servidumbre? No, la fuerza no se ha reputado justa ni entre las naciones ni entre los individuos; no es justa sino cuando se emplea en servicio del derecho (a). La victoria, no da, pues, por sí misma derecho alguno al vencedor, si éste no le tenía ántes de recurrir á las armas. Si la fuerza vence al derecho, queda éste á salvo á pesar de su derrota, y acabará por triunfar á su vez, ó será necesario decir que no es Dios el que gobierna las cosas humanas, sino una ciega fatalidad.

(1) *BODIN, de la República*, lib. V, c. V, p. 754-763.

(2) *BODIN, de la República*, lib. II, c. II, p. 274-278.

(a) Este aserto, al que asentimos de todo en todo, es el mismo que invocamos al hacer cargo al autor de la parcialidad de su juicio cuando ensalza y defiende la conducta de Suecia, Dinamarca y Francia en la guerra de los treinta años. De donde se desprende que las apreciaciones y los juicios de Laurent se resisten de no obedecer á un principio fijo y á un criterio sólido y seguro.—(N. del T.)

II.

Acabamos de oír á un político, escuchemos á un soldado. Cuando los hombres de armas tienen inteligencia y corazón, se sublevan contra el espectáculo atroz que tienen continuamente ante los ojos y se elevan por cima del hecho, porque el hecho les recuerda lo que sufren y hacen sufrir. El siglo XVI cuenta más de uno de esos nobles guerreros. Ya hemos rendido homenaje á *Bayardo*; *La Noue* es una figura menos brillante, pero quizá más seria; no conocemos lectura que haga más bien al alma que la de los *Discursos políticos y militares* del capitán hugonote, que combatió toda su vida por una bella causa, la libertad de conciencia, y que en su áspera carrera adquirió la profunda convicción de que las guerras religiosas son un crimen. En otro lugar nos ocuparemos de esa parte de sus *Discursos*, que es sin disputa la más admirable. La guerra en sí misma, hecha abstracción de las causas que la producen, tiene un decidido adversario en aquel hombre de guerra: "Todos cuantos hacen profesión de estudiar la historia confiesan á una voz que la mayor parte de las calamidades y miserias que han sobrevenido á los diversos pueblos y países procedían de la ambición de los reyes y repúblicas, y de las guerras á que esa ambición ha dado lugar." *La Noue* no reprueba la guerra de una manera absoluta, ni cree que los príncipes deban despreciar las armas, porque eso sería ofrecerse en holocausto á los audaces; pero quiere que se sirvan de ellas, no para causar daño á los demás sin razón, sino para evitar daños. Adviértase que *La Noue* se dirigía á una nación que soñaba con el restablecimiento del imperio de Carlo-Magno. La dominación del mundo tenía tanto atractivo para aquella raza militar, que el mismo *La Noue* cede á la seducción, y no encuentra más que un consuelo que ofrecer á sus contemporáneos: el de que ya no tienen talla bastante para hacer lo que hicieron sus antepasados. "Si considerasen bien la desproporción que hay entre el valor antiguo y el moderno, serían más contenidos; porque, como dice Plutarco en sus *Opúsculos*, el querer apropiarse los hechos heroicos de los tiempos pasados á los hombres presentes es imprudente y ridículo, y equivale á vestir á niños de seis años

de piés á cabeza con los trajes de sus abuelos. En cada siglo deben proponerse cosas que estén en armonía con él, siempre que sean justas y honestas. Nosotros, los Franceses, debemos pensar que el tiempo para los grandes acontecimientos de la Francia ha pasado ya; que nos encontramos en los de su decadencia, en los cuales no es poco hacer el conservar lo adquirido, y á esto debemos atender, sin alimentarnos de glorias pasadas, puesto que estamos desprovistos de la fuerza, de la ocasión y de la buena suerte que hicieron prosperar á nuestros antepasados." Después de este adiós, dado á los antiguos tiempos de gloria y grandeza, *La Noue* pasa á determinar qué es la verdadera grandeza en su opinión. "Entre los emperadores y los reyes los ha habido que quisieron hacerse grandes y famosos por sus conquistas; pero aquellos otros que se contentaron con ser buenos adquirieron otro género de grandeza que, bien mirada, no es menor que la primera, toda vez que aquélla es siempre provechosa, mientras que ésta suele dañar por lo general." *La Noue* va más lejos; abandona el terreno de la utilidad para colocarse en el del deber, y desde este punto de vista condena las conquistas: "Los que aman la piedad y la virtud procuran acomodar sus acciones á la justicia, no sólo para su satisfacción interior, sino para la exterior; y sin ese fundamento no deben emprenderse las guerras, porque de otro modo se hace uno culpable ante Dios, el cual no quiere que los hombres usen de esos remedios violentos sino en extrema necesidad, ni quiere que se guien por sus desordenadas pasiones."

Al reprobar las conquistas, *La Noue* atacaba una preocupación universal; él mismo declara "que la nobleza francesa no procuraba otro renombre más que el que se adquiría con las armas, y que, en opinión general, eran las armas las que habían dado á la nación francesa la gloriosa fama que gozaba." *La Noue* dice que los que elevan la profesión de las armas sobre todas las demás están en un grande error: "Ignoran que el hombre debe aspirar principalmente á la paz y tranquilidad para hacer una vida más justa, porque cuando reina la paz andan mucho mejor ordenadas las cosas públicas y particulares que no cuando las perturbaciones de la guerra trastornan los hombres y las leyes." *La Noue* condena lo que embriagaba á sus contemporáneos, la guerra por la guerra: "Hay un

cantar español que tienen muy á menudo en la boca y que dice:

Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear;
mi cama las duras peñas.
mi dormir siempre velar (a).

“¿Qué se diría de un mal médico y un mal juez que deseáran el que la ciudad estuviera llena de enfermos, de crímenes y de pleitos, á fin de tener en qué ocuparse y ganar más? Y al cabo éstos no piden para sus semejantes, más que cambios de situación, á fin de medrar con la ruina de aquéllos. En el siglo en que estamos es imposible librarse de la guerra, porque la ambición, la avaricia y la venganza son como nunca fecundas en aquel engendro. Y al vivir complacido con tales hábitos, se asemeja á aquel que gustara de andar siempre entre las tormentas del mar... Además, esos guerreros perpetuos se desnudan de las afecciones más dignas de todo buen ciudadano... Correr continuamente de acá para allá, así como los cuervos van en busca de las carnes muertas, es, á decir verdad, transformarse en aves de rapiña ó en animales carnívoros,, (1).

La Noue escribía en medio de las guerras religiosas que destrozaban á la Francia y que, más funestas aún que las guerras de conquista, destruían todos los vínculos sociales. El ilustre guerrero se revuelve contra el desbordamiento de la violencia, como que era órgano de la reacción que iba á verificarse en los ánimos: los excesos de toda clase, fruto de las guerras civiles, iban á restituir á los hombres á su verdadera misión, que es el desarrollo pacífico de sus facultades. Á últimos del siglo XVI, la necesidad de la paz era un sentimiento universal; y los mismos que por fanatismo habían tomado parte activa en la lucha reprobaban la violencia y predicaban la paz. Uno de ellos fué *Gaspar de Saulx, señor de Tavannes*, el cual escribió varias memorias que alguna vez recuerdan por su ruda energía el estilo de Tácito. Oigamos lo que

(a) El lector conocerá bien éste, no cantar, sino romance español: pero no conozco otro que más se parezca al cantar que en francés pone aquí el autor como traducción del español:

«La guerre est ma patrie,
Mon harnais, ma maison:
Et en toute saison
Combattre est ma vie.»

(N. del T.)

1) LA NOUE, *Discursos políticos y militares*, IX y XIX.

dice de los príncipes guerreros: “Muchos desesperan de la divinidad porque permite tantos desastres, sin acordarse de que hay otra vida en que los malos serán castigados. En la paz todos alaban á Dios, y no se interrumpe ni el servicio divino ni la justicia. Maldito sea el príncipe que hace la guerra por su particular gloria y utilidad., La gloria de los conquistadores, vista de cerca, no es más que una vanidad: “El conquistar es peligroso, el conservar las conquistas difícil, y más difícil aún el trasmitirlas á los descendientes. Unos elogiarán las victorias, y otros las vituperarán, calificándolas de latrocinios. Por eso el corsario respondió á Alejandro que entre sus piraterías no había más diferencia que la de que el uno robaba con un buque y el otro con un ejército., Después de todo, ¿qué es la gloria del conquistador? “Los más viciosos han sido monarcas; Tamerlan mandaba 800.000 hombres... Los libros ensalzan á Aquiles y á Héctor, que tal vez no hayan existido. Esas glorias son vanas é inciertas; la única apetecible es la del hombre de bien; y si no es de gran duración, abre en cambio las puertas del paraíso.,

Hé ahí un lenguaje digno de un filósofo cristiano. Los príncipes se cuidaban poco de la religión. *Tavannes* dice, con su habitual rudeza, que “si creyesen en la inmortalidad, no harían la guerra, de donde proceden tantos males. Si un asesino y un ladrón son castigados con las penas del infierno, aquel que es causa de millones de asesinatos y de robos no tendrá cuerpo ni alma para sufrir todas las penas que merece., *Tavannes* recorre todas las razones con las que tratan los reyes de legitimar sus guerras, y no acepta ninguna: “Dicen que las guerras son un mal necesario, y que son justas cuando son forzosas. Responde que no hay que apresurarse á aceptarlas: las guerras de ambición y de avaricia son injustas, y lo mismo las reconquistas de Estados perdidos, si los súbditos no tienden los brazos y llaman á sus primeros señores. Si las naciones tuviesen derecho á lo que poseyeron en otros tiempos, las guerras serían eternas: los Asirios, Persas, Macedones y Romanos han poseído el mundo; por consiguiente, las naciones llamarían justas guerras las que se dirigiesen á reconquistar cuanto habían perdido. Dios da y quita los reinos á quien le place; no tenemos derecho sobre los hombres más que el que éstos nos otorgan; compuestos los hombres del mismo barro,

su sumisión es voluntaria. Disculpase de hacer la guerra por temor de que la hagan no es aceptable, en razón á que puede ser evitada ó alejada; es arrojarse al fuego por salvarse del humo: tales paliativos y pretextos no valen ante Dios., *Tavannes* no encuentra justas más que las guerras que se hacen contra los infieles y los herejes, y á un éstas no quiere que los príncipes las hagan de motu propio; Dios puede cambiar en un instante los herejes y los Turcos, sin que necesite para ello de nuestras espadas. Es preciso, pues, que Dios manifieste su voluntad, y eso lo hace por intermedio del papa (1).

Este último punto de la doctrina de *Tavannes* procede de sus creencias católicas. Veamos hasta qué extremo conduce el dogma de que el papa es el representante de Dios. Si *Tavannes* hubiese examinado las guerras contra los infieles y los herejes á la luz de la razón, las hubiera reprobado mucho más que las otras guerras. Siendo la conciencia lo que hay de más libre en el hombre, ¿cómo se pueden legitimar las guerras cuyo fin no es otro que el de imponer la fe por medio de la violencia? Cuando *Tavannes* no está obcecado por sus preocupaciones religiosas, es superior á *Bodin* y condena lo mismo que *La Noue* las guerras de conquista, siendo muy notable la razón en que se apoya: los hombres son libres é iguales, dice, y, de consiguiente, no hay dominación legítima más que la que se funda en nuestro consentimiento. Hé ahí la doctrina de la soberanía nacional que destruye por su base el pretendido derecho de conquista. De esa misma doctrina se desprende que la fuerza no puede dar ningún derecho, y que sólo es legítima para garantizar el derecho contra la fuerza. En definitiva, es el derecho, como dice *La Noue*, el que decide.

SECCION 3.^a

EL CRISTIANISMO Y EL DERECHO DE GUERRA.

§ I.—La Iglesia y el derecho de gentes.

N.º 1.—*El derecho del papa en las tierras de los infieles.*

Si hemos de creer á los ultramontanos de nuestros días, la Europa debe los beneficios de su civili-

(1) PETITOT, *Memorias de TAVANNES*, t. XXIV, p. 38 y sig. 165 y sig.; t. XXIII, p. 252.

zación á la Iglesia; la debe también el sentimiento de humanidad que nos hace retroceder ante la guerra, y que suaviza sus horrores cuando llega á ser inevitable. Nosotros hemos combatido más de una vez esa ilusión ó ese cálculo de los partidarios ciegos de un pasado que desconocen ó que alteran... No repetiremos lo que hemos dicho de los papas de la Edad Media y del siglo XVI; los defensores de la Iglesia tienen siempre á la mano una excusa para los errores de los hombres, que nunca destruyen, según dicen, la feliz influencia de la religión. Mientras que se trata de indulgencia con la imperfección humana estamos de acuerdo; pero si somos indulgentes con las personas, debemos ser tanto más severos con las doctrinas que los extravían; esta severidad se convierte en estricto deber cuando se trata de una creencia que se llama revelada y de hombres que se dicen representantes infalibles de Dios. Déjense á un lado las preocupaciones cristianas, fruto de una tradición secular, y será forzoso convenir en que, si el catolicismo moralizó los pueblos bárbaros, también entrañaba vicios que falseaban lo que tiene de bienhechor el dogma cristiano. Las pruebas de esto abundan, y no pueden ser negadas.

La ambición, y una ambición ilimitada forma la esencia del papado, el cual aspira por la fuerza de su principio á una monarquía universal, espiritual y temporal á la vez. Esas pretensiones, anulando la independencia de los Estados, quitan su base al derecho de gentes. Inútil es que griten los católicos; si hay un hombre que se pueda llamar el señor del mundo, el derecho no es más que un nombre vano. ¿No son los papas, según ellos, los señores del mundo? Como tales han procedido al principio de la edad moderna; en el momento mismo en que el genio del hombre acababa de descubrir un nuevo mundo fué cuando apareció la famosa bula de Alejandro VI. El papa, poco digno de llamarse vicario de Cristo, comienza por ensalzar la piedad de Fernando y de Isabel; dice que los Reyes Católicos han ido á hacer descubrimientos de nuevas tierras para convertir á la fe cristiana á sus habitantes; que Dios ha recompensado sus esfuerzos, y que han encontrado islas y tierras desconocidas hasta entonces. El soberano pontífice hace constar que están habitadas por pueblos pacíficos que creían en un solo Dios Creador, y espera que se les podrá llevar fácilmente á que abracen el